
CAPÍTULO XX.

La jóven casadera.

Llega el momento en que la niña se convierte en *jóven casadera*, palabra aceptada hoy para designar la edad núbil, y es donde más se conoce la educación que recibió, y donde, si aquella fué buena, de tal manera se la desnaturaliza, que sería un difícil problema tratar de reconocer ni aun sus rasgos más característicos.

La mujer no oye hablar sino de su oro, de su belleza y de su lujo: nada de su candor, de sus sentimientos, de su alma. Una multitud de jóvenes la rodea por doquier asediándola con frases más ó menos lisonjeras, celebrando su tocado, sus galas, su elegancia: el uno le habla de su posición, el otro de su brillante carrera, aquel la ofrece un porvenir de riquezas con las que puede sostener su lujoso atavío, éste le aconseja el matrimonio como fin de la carrera de la mujer: ninguno le habla del amor, de ese dulce éxtasis del alma, como necesaria y precisa condición para su matrimonio. Oyendo estas doctrinas ¿qué ha de hacer esta jóven? Devolverles á cuenta de su oro el oropel de la coquetería: tener en muy poco la vida del alma, para dedicarse total-

mente á la suma y resta de su capital y del de su pretendiente: le han pintado el amor como un contrato bilateral en virtud del que ella se somete á vivir en compañía de un hombre, y éste se obliga á sostener su lujo y á capitalizar sus placeres.

Es el materialismo imperando despiadadamente en el alma, la impudencia sobreponiéndose al sublime candor del espíritu. Y no creamos que la mujer no comprende el cambio, no nos figuremos ni por un momento que le acepta gustosa, no: la jóven artesana amaré y se desposará por cariño con el artesano, porque su corazón está puro, porque para su alma no existen en la vida conyugal el *tuyo* y *mío*. Para ella el amor es ántes que todo, está sobre todo, porque la felicidad doméstica se le aparece como la joya más preciosa: no necesita diamantes que entrelacen sus cabellos, ni broches de perlas que cierran el escote de su vestido; una verbena entre aquellos, una fragante rosa sobre éste, y para ella y para su prometido será la alhaja de más valor. Segura de sí misma, identificada con su amante, esta mujer llegará tranquila y serena al pié del ara santa; su alma ántes que sus labios, pronunciará llena de júbilo las palabras solemnes, el irrevocable juramento que liga para siempre su destino al del hombre amado, y transfigurada con su alegría, sedienta de la expansión del alma, mirará á su esposo, no como su compañero y su apoyo, sino como su Dios.

La que vive en la sociedad, la que ha visto correr su infancia en esa atmósfera corrompida de la vanidad y del orgullo, la que ha despertado á la vida entre los ecos de esa educación falsa que abunda

en nuestros días, no puede sentir los goces purísimos del matrimonio. Será una esclava del hombre, comprada en el bazar de la disipación; será el cuerpo que pertenece al cuerpo, y el alma que se desliga del alma.

Tal vez ha sentido amor, quizá ha soñado con el afecto de un hombre al que ha estudiado con su penetración y su instinto: se ha despertado halagada con ensueños de ventura, y se ha dicho: «No aspiro á la riqueza, no necesito su patrimonio, sólo ambiciono su cariño.»

Esta criatura ha puesto el pié en el camino de la felicidad; pero sobre su voluntad está la de sus padres, y estos, con la falsa filosofía de la época, figurándose que la ventura de un hijo está en las comodidades que pueda disfrutar en la vida, han muerto aquel amor, han lacerado su alma, y la han sacrificado á lo que se llama en el mundo las *convenciones sociales*. Ciegos por la luz del interés, enloquecidos por el sonido del oro, han ideado una monstruosa alianza, en la que no han consultado el alma de su hija, llamando *tonterías* á sus afectos y *nimiedades* á sus aspiraciones. En vano la hija protesta, en vano insiste en que apenas conoce á su pretendiente.—«Es un *buen partido*, le dicen, ya verás como eres feliz.»—«Pero ¡si no le amo!» contesta la víctima; y le replican:—«Ya le amarás cuando estés casada.» ¡Error funestísimo!

En estas uniones, llámase amor el pasar durante más ó menos días una ó dos horas reunidos los futuros esposos bajo la vigilancia materna. El pretendiente ensaya con su futura alguna galantería

que no siempre es del mejor gusto; la jóven le escucha y sonríe por cortesía, pero á solas con su corazón se pregunta: ¿Es esto amor? ¿Puedo llamarme dichosa por escuchar más ó menos lisonjas de este hombre? Un día el prometido la presenta una flor, que ella toma temblando, y esta es la señal de que se acerca el momento terrible; la jóven contempla el cáliz de la flor que debe ser su confidente, y la interroga: aquella flor permanece muda como su perfume, y nada dice á su alma. Los padres dan por terminado el período del amor: sientan como principio de las negociaciones el de que los jóvenes se amarán por toda una eternidad, y procuran mutuamente deslumbrarse con el lujo de sus regalos. La madre de la novia hace pública ostentación de todo el ajuar, como si fuera un museo, y la primer enseñanza que recibe aquella criatura, destinada á ser madre, es una pública lección de frivolidad.

Llega el momento solemne de verificarse el matrimonio, y Detengámonos un instante á examinar la disposición de ánimo en que los contrayentes se encuentran.

El jóven quiere dar su adiós á la vida de soltero, precisamente la víspera de su matrimonio: reúne al rededor de una mesa á todos sus compañeros de placeres, y empeña con ellos la última partida en una furiosa orgía: transcurre la noche al ruido de los vasos que se quiebran, de los báquicos cantares que los comensales entonan, y tal vez, al rayar el día, llega el futuro esposo á la ceremonia con los labios húmedos todavía por el beso de las infelices obreras del vicio. La noche de la novia es más tris-

te: recostada en la barandilla de su balcon, agitada por mil distintas pesadillas, riega con su llanto las enredaderas que jaspean el cerco, y dá su adios á la vida, jurando una y mil veces ahogar aquel amor en que soñó su dicha, mientras su conciencia examina y aquilata las dificultades que tiene que vencer, y que á su vez se convertirán en obstáculos insuperables. Así la sorprende el dia, así se prepara para la ceremonia sagrada, así marcha al sacrificio coronada de azahar y obligada á mostrar en su semblante una alegría que su alma está muy léjos de sentir.

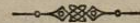
El novio sigue á la novia á corta distancia, entran en el templo, se arrodillan uno junto á otro, el sacerdote les exige el santo juramento que la jóven pronuncia balbuciente, porque ese juramento es para ella un sacrilegio, y recibido de ámbos, los bendice encomiádoles las virtudes necesarias al matrimonio, y haciéndoles la mística comparacion de su union con la de Jesús y su Iglesia. Hé aquí dos seres que apenas se conocen, y ya están unidos á perpetuidad: la jóven ha cambiado hasta de nombre, y, pálida como la muerte, procura sonreir mientras llora su corazon: el esposo retrata en su rostro la satisfaccion que le causa..... ¡percibir la dote!

Ambos entran en el estado matrimonial por una puerta falsa: la mujer guardando en su corazon la inmarcesible flor de un recuerdo amoroso, y el hombre calculando en su imaginacion la suma que su esposa le lleva, y proponiéndose con ella una série no interrumpida de placeres, acaso ilegítimos.

Nada de intimidad, nada de expansion conyu-

gal: el *tú* con que se han obsequiado durante la comida de boda, desaparece al caer sobre el lecho la corona de la desposada, y el indiferente *usted* separa aquellas dos almas que se unieron en público mediante un acto de hipocresía.

¿Qué bien puede reportar esta union á la sociedad? Si la esposa es infeliz, si en vez de placeres encuentra en su hogar la copa del dolor, ¿de quién podrán quejarse los padres? ¿De ella? Seria injusto. ¿Del esposo? ¿Y cómo, si ellos le han enseñado á comprar la esclava que arrojaron en sus brazos! Suponiendo que este matrimonio tenga hijos ¿qué educacion van á recibir? ¿Qué ambiente van á respirar, si en torno suyo la dobléz se devuelve con dobléz y es una continuada farsa el cariño que sus padres parecen profesarse? ¡Desgraciados hijos! ¿Cuál vá á ser su oscuro porvenir?



CAPÍTULO XXI.

La esposa resignada.

El alma tiene arcanos impenetrables, como el Dios que la formó. No puede, á veces, la mujer cerrar la suya al sentimiento, y ama: ¿á quién? Tal vez á un espectro, á un fantasma envuelto en la sombra de tiempos que pasaron; tal vez á la golondrina que cuida bajo el alero de su tejado; quizás, y esto es una excepcion, á ese hombre que la sociedad llama su esposo. La faz del universo puede cambiar, la flor pasa y vuelve á pasar segun las estaciones, lo que ayer fué una miserable choza puede hoy ser un magnífico palacio: la palabra sacramental del matrimonio, no puede modificarse, y desde el momento en que se pronuncia, pertenece la mujer á lo irrevocable.

Tiene que seguir al hombre que la conduce á su casa, y le sigue hasta exhalar su postrer suspiro, sin quedarle otro recurso que la tranquilidad de la tumba. Sobre su puerta ha escrito el destino la frase «¡no existe!» constituyéndola en cementerio y arrancando á su paso la flor de la esperanza, mientras su helada mano plantaba en el dintel la rama del olvido.

Vive con un hombre al que ha de ver á todas las horas del dia: tiene que estudiar su carácter, sus aficiones, su temperamento, y llega un dia en que su presencia le es grata, en que una galantería, un obsequio, despierta en la mujer la simpatía, precursora del amor. Acaso el hombre no es tan escéptico, no es tan indiferente al alma, que mire el hecho consumado de su matrimonio como una transaccion comercial. Su esposa no le desagrada; es sumisa, callada, hacendosa, y el hombre dice en su interior: «Volvamos atrás y restablezcamos el equilibrio de nuestra posicion»; y fijo en esta idea, instruye á la mujer, la considera como si de nuevo hubiese de empezar sus amores, y dirigiéndola acertadamente, y sacrificando ella su naciente aversion, llegan á entenderse, y se aman.

Esta es la excepcion, desgraciadamente: veamos cual es en general la vida del matrimonio efectuado en las condiciones que hemos bosquejado en el capítulo anterior.

Há tiempo que terminaron las fiestas de boda; han trascurrido dias y dias, quizá meses y años enteros, sin que de parte de los cónyuges se haya alterado en lo más mínimo ese plan de vida que se trazaron al regresar á la casa. Reina en esta completa oscuridad, pero en una entreabierta ventana se divisa luz, y tras de aquella claridad vacilante hay un alma perturbada que se sondea y se pregunta: «¿Quién soy? ¿Por qué estoy en este sitio?» ¡Tardía reflexion! ¡La puerta de la calle se cerró tras ella separándola del mundo para siempre!

Despues de esto, la mujer ha de permanecer in-

cesantemente al lado de su marido, simpaticen ó no sus caractéres: ¿qué importa al mundo que esto último suceda? La mujer, segun él, no ha de tener carácter, ó á lo sumo se la conceden algunos grados menos que á su marido: dásela como mision la virtud de la obediencia, y se la enseña á no desear. Despójasele de la facultad de pensar, y si pensase, debe al casarse renunciar al pensamiento, porque lo contrario sería usurpar las atribuciones del marido: si quiere discernir y obrar segun su discernimiento, que espere á que llegue la hora de su viudez, y podrá ejercer su derecho. Así mata el mundo su alma, así encadena su espíritu en las tinieblas del no ser. ¡Desdichada moral!

El esposo es un huésped en la casa, apenas se le ve en ella sino en las horas de comer y descansar: con frecuencia vierte la mujer sus lágrimas á compás del reloj cuyas horas consulta, y al regreso de su señor seca sus párpados para ocultar las huellas del dolor que devora su alma. Si el hombre siente en su corazón el eco de una voz que le reconviene, borra su falta cometiendo una nueva injusticia: por algo es el dueño de la casa, para algo tiene la libre administracion de sus bienes, y no solo de los suyos, sino de los de su asociada.

Reconociéndose á sí mismo como un sér superior, puede gastar impunemente sus rentas, dilapidar la fortuna de su esposa, y vivir *por sí y para sí* como su egoismo le aconseja: la ley le autoriza para ello, para vivir donde le plazca, cambiar de domicilio ó residencia, vender y comprar con lo que le pertenece y aun con los bienes de su esposa, porque

si bien para ello necesita su consentimiento, la esclava no puede negarse á las órdenes de su señor.

Agobiada por tanta injusticia, la mujer busca refugio en la oracion ó en sus lágrimas: vé desaparecer su capital, aquel capital que labró su desgracia, y que sus padres le dieron como garantía para el porvenir. Es lo que ménos siente, porque le odia; pero al mismo tiempo considera que ese capital vá á perderse en las fauces del juego, ó á deslizarse en la cloaca del vicio, y entónces siente la herida en la fibra más sensible de su corazón. En vano el padre, en vano algun verdadero amigo dirigirá sus quejas al esposo amonestándole la reforma de sus costumbres: este pondrá por pretesto la poca instruccion de su esposa, asegurará que no le comprende, que tiene que renunciar con ella á los encantos de la conversacion. . . . Este es el pretesto para buscar ese encanto en compañía de la mujer de libre condicion, que viviendo en la opulencia y rodeándose de adoradores, no tiene otra mision que la de agradar, y como para agradar se necesita instruccion, se instruye para atraer más fácilmente á su dominacion hombres y capitales.

Ved aquí á la mujer legítima, recorriendo la escala de la humillacion. El hombre huye de ella alegando como excusa una ignorancia de que él sólo es el culpable: despilfarra su dote, auxiliado de una ley que él mismo se ha formado para su comodidad, y le niega una de las infinitas sonrisas que prodiga á toda mujer que no sea la suya. Si el ejemplo no corrompe el corazón de la esposa, será este espec-

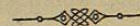
táculo su martirio: si la venganza no germina en su pecho, el dolor minará una existencia creada para el bien de la humanidad y el santuario de la familia.

Es inútil que pida justicia, que se queje de su situación; el hombre le responderá: «Soy tu amo,» y el mundo la llamará calumniadora; pero si á ese mismo mundo le ocurre la idea de verter algún equívoco sobre ella. . . . ¡infeliz mujer! A partir de aquel momento, la calumnia se cebará en su reputación de una manera cruel; serán interpretadas sus más sencillas acciones por esa muchedumbre que, entonando himnos al derecho del más fuerte, se pondrá de parte del esposo, y aun rehabilitará su conducta y su nombre. En vano la infeliz protestará de su inocencia, en vano surcarán su rostro lágrimas de dolor y desesperación; aunque fuese un ángel, aunque para su justificación se obrasen milagros, el mundo arrojaría sobre ella la nota de culpable, y á la sombra de esa mentida culpabilidad sancionaría la conducta de su esposo.

Y esto sucede con demasiada frecuencia, por desgracia, y esta es la educación que la mujer recibe hoy en ese estado donde más necesita el apoyo y la dirección del hombre. En tal conflicto ¿qué hacer? ¿Qué recurso queda á la pobre esposa? Refugiarse en el manto de la devoción, acudir á sus ideas religiosas, é interponer el aislamiento como un baluarte inespugnable entre su dignidad ofendida y las calumnias de sus detractores: dejar que el viento deshoje la hermosa flor de sus ilusiones, verla agostarse abrasada por el ardiente soplo de la

maledicencia, y abandonarse á una pena horrible que lleva por límite la muerte.

Siempre sumida en la aficción, ocultando siempre la furtiva lágrima que enrojece sus párpados, la mujer ve aproximarse el ocaso de su vida, y le bendice como su hora de libertad y redención. Y mientras llega esta hora, mientras cumple esa carrera que su infortunada suerte le traza, rendida de luchar sin fruto, y teniendo más que nunca abiertas las heridas de su honra, esperando quizá otras nuevas, devora en silencio la amargura de su posición y ofrece á Dios sus penas en expiación de las culpas de su esposo.



CAPÍTULO XXII.

La esposa mártir.

Sensible nos es continuar la serie de estos desgraciados matrimonios, en los que la inexplorada voluntad de la mujer ha cedido su puesto al lucro, ó por lo ménos, la union se ha basado en el capital respectivo de los contrayentes: pero por más que nos repugne, por más que quisiéramos separar la vista de este cuadro de miserias, la obligacion que nos hemos impuesto al empezar estos apuntes, nos fuerza á penetrar en el dédalo de la sociedad, para patentizar, si posible nos fuese, la causa de su enfermedad moral.

Vamos á ocuparnos, y con pena lo hacemos, de ese otro estado tan comun en la mujer, de ese martirio continuado é indefinido á que el mundo suele sujetarla cuando no ha sabido, ó no ha podido establecer entre ella y su esposo esa intimidad de hermanos que tan necesaria es á la familia, cuando el amor conyugal es un mito y los esposos se miran como indiferentes. Separándonos de examinar ese matrimonio en el cual el hombre asume en sí toda la fuerza, toda la importancia social de las dos entidades morales que le constituyen; de esa desdicha-

da fase de la vida íntima en que la calumnia y la maledicencia son las armas que los cónyuges esgrimen para fomentar la guerra en el interior del hogar, vamos á fijar nuestra atencion en otro cuadro que tiene muchos puntos de contacto con el ya bosquejado, y que, como él, no deja de ser muy comun.

Puede muy bien suceder que al dar una jóven su mano al hombre que la solicita en matrimonio, sienta por él una simpatía, y hasta un amor que le haga soñar con la felicidad de la vida íntima. Acaso su corazon le muestra el cariño de aquel hombre como la aspiracion más completa de su alma, y en ese caso la mujer camina al altar radiante de júbilo, y pronuncia su voto con entera conciencia, con plena seguridad de su amor por aquel hombre. Durante el corto ó largo período de sus relaciones amorosas, le ha visto atento y solícito con ella; en cualquier cosa en que le haya podido mostrar una opinion, le ha bastado significarla para que el hombre obrase con arreglo á los sentimientos de su futura, y todo parece augurar la más completa armonía de caractéres, la más exacta paridad de sentimientos. Los primeros dias han pasado para ella en el delicado arrullo de una caricia y en el ensueño de una dicha que cree por siempre asegurada.

Mas no es así: aquel hombre le ha mentido un amor que no siente; aquel ser que creyó el ideal de sus sueños, ha sido guiado á ella por la sed del oro, por la ambicion de la dote; y al par que la infeliz siente agitarse en sus entrañas el fruto de su amor, oye al esposo decir en tono despótico: «Yo soy el señor, yo soy el amo, y mio es lo que guardo bajo

mi techo.» Esta horrible decepcion, esta primera revelacion de próximas desventuras, hiere de lleno el corazon de la madre; pero le queda una esperanza: su hijo.

El nacimiento de este querido sér puede influir de una manera radical en la conducta del esposo, y la mujer cuenta por segundos los dias y los meses, esperando con vivísima inquietud el acontecimiento que tarda en llegar. El niño nace: es un pequeño ángel de cabecita rubia y tez de nácar, un genio benéfico en cuyos ojos brillan promesas de sublime dicha, y cuya entreabierta boca parece predecir la paz y la alegría para el matrimonio. Y la madre llora de gozo estrechándole sobre su corazon, pues desde su nacimiento el padre la considera algo más, y si bien pasa su tiempo como ántes, fuera del hogar, regresa por la noche más pronto para sonreír á su hijo y estampar un beso en su rosada frente.

Siempre llena de fê, amando cada dia más al padre de su hijo, la mujer confía y espera: confía en que la primer palabra del niño ha de ser un cariñoso lazo que le conquiste el amor de su esposo, y espera que educando ella á su hijo y enseñándole á amar á su padre, éste habrá de comprender cuán injusto es con su esposa, y como desagravio de esa injusticia, le devolverá el cariño que ella le consagra, dándole un dia de felicidad por cada lágrima que le arrancara su desvío.

¡Pobre madre! Apenas el niño sabe tenerse en pié, apenas se entiende su graciosa charla, y ya le llora ausente de su lado: su padre, cuya voluntad es ley en la casa, le separa de ella para encerrarle

en un colegio, bajo pretesto de que allí reciba una educacion esmerada y cual requiere su posicion. En vano la madre caerá á los piés de su esposo rogándole que no la separe de aquel hijo querido; en vano llamará en su auxilio las fuerzas todas de su amor maternal: se pretestará que así lo exige el bien de su hijo, y se denominarán los argumentos que emplea de *ridiculeces* y *puerilidades*. El niño crecerá léjos de su lado, porque su esposo lo ha dispuesto así, porque *conviene á todos*, porque su porvenir lo exige; pero debiera el padre, añadir para ser justo: «porque de esta manera me evito un testigo de mis actos, ó al menos no enveneno su alma con mi ejemplo.»

¡Desgraciada madre! Solo puede ver á su hijo una vez en semana en la sala de visitas del colegio: allí podrá entregarse á los transportes de su cariño, allí podrá besar su frente, pero sin que aquel beso resuene en su inocente alma, porque acostumbrado á invertir aquella hora en juegos con sus compañeros, el niño estará violento y deseando que termine el enojoso paréntesis que le priva de sus placeres.

Acostumbrado á vivir sin otro afecto que la amistad, desconociendo el amor de hijo, puesto que no ve de continuo á su madre, ¿qué hay de extraño que no comprenda ni agradezca sus caricias? Le han dicho que aquella es su madre, y en su inteligencia bullen una inmensidad de preguntas: ¿qué es esto de *madre*? ¿Por qué es mi madre? Aquel señor tan grave que apenas acierta á moverse por no descomponer el planchado de su camisola; aquella señora que le humedece las mejillas con sus lágrimas

mas cuando deposita un beso en su frente, mientras le aterra con su palidez y le roba unos momentos de expansion, ¿qué tienen que ver con él? ¿Que son sus padres? ¿Y consiste el ser padres en causarle el miedo ó privarle con su presencia de la alegría de sus juegos? ¡Pobre madre y pobre hijo! Mientras ella lamenta su desventura, pasa el niño sus mejores días sin ese afecto dulcísimo que habrá de llorar despues, cuando sea capaz de comprenderlo.

La madre sueña con que empiece el tiempo de vacaciones en el colegio, pues sabe que en aquellos días su hijo le pertenecerá; y, pletórica de cariño, le recibe con los brazos abiertos, y apenas si le permite respirar bajo el infinito número de sus ardientes besos y la presión de sus maternales abrazos. Siente la inmensa felicidad de madre y esposa; su espíritu angustiado, se abre una vez á nueva vida, y no pudiendo contener ni limitar su alegría, la hace extensiva á todos en la casa, incluso á aquel esposo que de tal manera coarta su amor maternal. El colegial concluye por acostumbrarse á estas caricias, y empieza á sentir afección hácia su madre: esta delira en su completo triunfo, y se afana en adivinar los deseos de su hijo para satisfacerlos: el padre le hace observar que su conducta no es conveniente y hasta llega á increparla de que lo educa mal.

Deseosa de inculcar en el corazón del niño el amor á su padre, y aprovechando esta circunstancia para dar expansion al que siente como esposa, cuida de rodear á su esposo de todo género de atenciones, y engañada por una sonrisa que sorprende en sus labios, se apresura á pagarla con una

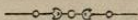
caricia. Aquel hombre tan amado, aquel esposo en quien ella soñó su ventura, la rechaza en presencia de su hijo, y como premio de aquella caricia, ya hecha con timidez por su amante compañera, la prodiga palabras poco gratas, si no le aplica los más denigrantes calificativos, y para mostrar su enojo huye de la casa con aire de mal humor, acaso demasiado visible. La curiosidad infantil de su hijo se desenvuelve en esta pregunta: «Dí, mamá, ¿por qué papá se enfada contigo y se marcha de casa cuando le acaricias?» La esposa mártir se vé obligada á forjar un cuento para contestarle, mintiendo con demasiada torpeza, y al encontrarse sola en su habitación sin que lo estorbe la presencia de su hijo, se deshace en amargo llanto, recordando el ejemplo que aquel recibe, y el mal pago que su esposo dá al cariño que por él siente su corazón.

Ahora bien; esta infeliz mujer, esta criatura que ha reasumido el encanto de su vida en dos afecciones, en el cariño de su esposo y de su hijo, ¿no puede llamarse verdaderamente mártir al ver desvanecidas sus ilusiones? El esposo rehuye sus caricias, si no las premia con denuestos; pretende que con su amor de madre relaja la educación de su hijo, y bajo este pretexto se apresura á separarlo de su lado. . . . ¡Asquerosa blasfemia! ¡Una madre educar mal á sus hijos! Pues qué, ¿hay alguien que ambicione más su bien? ¿Acaso no tiene más interés que nadie en que su hijo esté adornado de todas las virtudes que constituyen el hombre honrado? Si aprovechando esos escasos días que á su lado le retiene, y que para ella son momentos, le complace en algu-

na cosa á fin de captarse su simpatía, ¿podrá decirse por esto que lo educa mal? ¿De quién será, en caso, la culpa sino del que la impide la incomparable dicha, como madre, de tener á su hijo á su lado constantemente?

No es, pues, extraño que esta conducta despierte el ódio en el corazón de la mujer: no es ilógico suponer que su dilacerado corazón sienta por fin el egoísmo, cuando en él se le alecciona. Soñó con el cariño de su esposo, repetimos, y este fué efectivamente una visión del insomnio; reasumió su dicha en el amor de un hijo, y le separaron de su lado, le evitaron en lo posible su presencia, que era su vida, destruyendo la última ilusión de su alma. Esposa y madre, ha visto desvanecerse sus ensueños y premiado su amor con la ingratitud y el desvío: la conducta del hombre amado la hiere de muerte en el alma, y el aislamiento en que se encuentra es el sudario anticipado de su tumba.

La flor de sus amores no exhala su perfume en el hogar, y yace marchita en el retiro de su corazón: aquel camino que se abrió á sus ojos en el vergel de la dicha, trueca sus fragantes rosas en punzadores abrojos, y la esposa camina á su ocaso envuelta en las tinieblas de su oscuro porvenir, y llevando en la mano la palma de su inmerecido martirio.



CAPÍTULO XXIII.

¡Delirium!

Esta forma constitutiva de la familia, hoy tan común y que tan natural ha llegado á parecernos en fuerza de la costumbre, está proclamando más altamente que lo que pensamos la gran parte que á la mujer corresponde en el progreso humano, y la superioridad psíquica que sobre el hombre tiene. Inútil es, en verdad, este exceso de espíritu sobre la materia, y es inútil, no porque carezca de aplicación, no porque la práctica deje de mostrar sus resultados, sino porque aislando á la mujer de toda instrucción, monopolizando todos sus derechos, tiende el hombre á convertirla en autómeta y pone enérgico *veto* á las manifestaciones de su espíritu.

No es raro ver en los matrimonios por conveniencia, en esos matrimonios en que la atonía del alma es una consecuencia lógica del amor á la dote, llegar el término de la vida común ideado por una separación más ó menos ingeniosa en su forma, aunque horriblemente inmoral en el fondo. Es una rescisión de contrato en la que el hombre, que es el que ordinariamente la plantea, pretende adquirir letra abierta en el mundo para hacer gala de su tra-